

POESÍA EN LA BRUMA.

Carlos René Correa, es un poeta sin complicaciones. En lo que conocemos de su obra no hay asomos de que se tiene a hacer maromas y comience a hablarnos en ese idioma enrevesado, que es en literatura lo que el jazz en la música. Locura de sonidos, extravagancia de compases que se quiebran y saltan como piedras dentro de un tarro, o alaridos de quien está viendo al demonio con todo su cortejo de imbunches y de seres demoníacos.

Correa es un buen peregrino. Recorre todos los caminos de su inquietud buscando el paraje más bello, la fuente más pura, la sombra más fresca o el cielo más luminoso. Son los elementos que le acompañarán, ayudándole a dar formas a su emoción. En la sensibilidad, cada una de esas visiones, se moldean a influjos de ese sentimiento del artista, que es como las flores de un jardín: todas representan o reflejan por mejor decir el alma de la naturaleza, pero su perfume es distinto, en exquisitez, en delicadeza o en intensidad. Correa es claro en su emoción, aunque se deja llevar demasiado por el ensueño. Creemos que necesita hacerse más fuerte, más hondo y desgarrado. Que su drama y su pasión, tengan esa inesperada sacudida que tiene la existencia humana, que nos golpea cuando menos lo esperamos. Se nos ocurre que de otro modo se expone a caer en la monotonía, a repetirse y a desperdiciar su fina sensibilidad, en una obra que no ha madurado bien. No hay que olvidar que aquellos vinos más exquisitos en su perfume y calidad, fueron un día un vinillo cualquiera, pero tenían el antecedente de una noble cepa. Y las palabras, como los vinos, tienen su secreto para traducir el sentimiento humano, para llegar a lo más íntimo y delicado. Correa posee gran sensibilidad y talento de escritor. Es posible que su vino necesite reposar un poco más. Seguramente ganará en elocuencia poética, en hondura, en matices. Yo creo que algo falta a estos versos que siguen:

Dejemos que el fuego, como un niño,
nos devore la carne;
que haya en el dolor luz y quebranto
y trigo de Dios.

Apaga su lámpara el estío,
desnuda sus árboles la tarde.
El humo es memoria y ceniza
en el crepúsculo de las soledades.

Hay algo que no se supo decir bien en estos versos. El pensamiento no alcanzó su plenitud de expresión. Es posible que nos equivoquemos, y es posible también que Correa un día nos diga que teníamos razón.

CLUBES DE NIÑOS.

La señora Ana Lara de Vázquez, distinguida educacionista, acaba de publicar un interesante libro con este título, en el cual estudia el problema de los juegos infantiles, que determinan en forma decisiva las inclinaciones que comienzan a insinuarse en la incipiente mentalidad de los niños.

La señora Lara de Vázquez, presenta con gran claridad sus puntos de vista acerca de esta materia, de suyo tan importante en la formación del hombre de mañana. Es un libro que debe ser apreciado en todo lo más significativo de su intención, pues se dedica a estudiar una realidad que nos afecta muy de cerca, especialmente en esta etapa en que se debate una humanidad que ha visto como se derrumban los sistemas y las doctrinas, precisamente por falta de espíritu, de grandeza y unidad colectiva.

La conciencia ciudadana no es el producto de teorías ni de doctrinas más o menos discutibles, es el resultado del influjo de un espíritu maduro en experiencia, sobre otro que aun no